

Effatá/60. Primer anuncio «solo por hoy»

Guillermo Buzzo

Presbítero

Los caminos de la fe son únicos e irrepetibles. La certera poesía de León Felipe da testimonio de esto cuando dice:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

Es así. Cada testimonio de encuentro con Dios pone en evidencia un nuevo modo por el que el Señor nos seduce y se deja encontrar por nosotros.

Esta humilde verdad espiritual parece echar por tierra todas nuestras ordenadas pretensiones de estandarizar procesos; Dios «parece negarse a hacernos caso», y regala la fe y la conversión cuando quiere, como quiere y a quien quiere.

Es verdad que estoy exagerando un poco; pero no tanto... Somos servidores del Señor y de su evangelio, no sus contratistas. Oímos con devoción y proclamamos con humildad la Palabra de Dios, pero no tenemos derecho a adueñarnos de ella. No debemos olvidar que Dios es Dios; nosotros, en cambio, no.

Habiendo aclarado esto, es justo decir también que la Iglesia ha ido descubriendo, con el paso de los siglos y de los santos, un cierto orden o proceso común en la forma como el Señor conduce libremente las almas hacia él. No negamos que hay casos extraordinarios, pero para aceptar eso es necesario aceptar también que existe un estilo, un modo habitual de recorrer ese camino.

Todos los caminos de fe son únicos, pero en algún lugar comienzan, por algún lado transcurren y a alguna meta conducen.

Del recorrido y de la meta se deben preocupar la catequesis de iniciación y la acción pastoral, respectivamente. De hecho, en general, lo hacen: quien quiere seguir al Señor y ser su discípulo encontrará seguramente algún grupo de catequesis con el cual recorrer ese camino. Quien quiera crecer en la fe ya recibida y formada, hallará en la vida misma de la comunidad, y en diversas iniciativas de formación permanente, el alimento necesario que lo ayude a perseverar.

Pero ¿quiénes son los que nos invitan a dar el primer paso? ¿Dónde, en la Iglesia, encontramos ese llamado que nos desafía a caminar? En síntesis: ¿cómo se hace ese primer anuncio?

Algunas peculiaridades uruguayas

Uruguay posee algunas características peculiares que lo distinguen del conjunto de los países latinoamericanos. La participación religiosa de su gente no guarda relación con lo que sucede en otros países de este continente donde aún hoy se evidencia una fuerte matriz católica.

En Uruguay, según señala un estudio reciente¹ el 20 % se define como ateo o agnóstico, el 38 % se declara católico (aunque solo el 15 % de ellos participa de alguna celebración al año, es decir un 5,7 % de la población general). De los demás, al menos un 24 % declara creer en algo, pero sin ninguna afiliación religiosa (este es el grupo que registra

¹ Cf. PASTORINO, «Miguel», en J. L. PÉREZ GUADALUPE (ed.), *Pastores y políticos* (Lima 2022), 412.

mayor crecimiento, al punto que algunos ubican el porcentaje en un 35 %), el 10 % son evangélicos, el 5 % pertenecen a cultos afrobrasileños, sobre todo la umbanda. Y las demás religiones no representan más de un 1 % de la población.

Esta base social se explica y sostiene en un proceso de secularización también único, que se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, donde se prepara la separación de la Iglesia y el Estado ratificada formalmente en la Constitución de 1919. La dimensión legal fue acompañada además de otra más importante en sus efectos, que fue la cultural, fortaleciendo en el pueblo la identidad laicista y la consiguiente reclusión de lo religioso al ámbito privado.

Expresión de esto es la secularización de las fiestas religiosas (la Semana Santa pasó a llamarse «Semana de turismo», por ejemplo), y el cambio de los nombres de muchas ciudades y pueblos que llevaban nombres de santos².

Estas características han propiciado en algunos ambientes un marcado anticlericalismo y han sido responsables de la ignorancia religiosa general. La experiencia, sin embargo, indica que quienes procuran despojar la cultura de su dimensión religiosa no consiguen suprimir esa dimensión en las personas. No obstante, en lugar de un cultivo sano de este aspecto esencial, se terminan promoviendo expresiones culturales que pueden considerarse sucedáneas de lo religioso y que intentan llenar ese vacío existencial: en Uruguay, ese lugar, en muchos casos, lo usurpa el fútbol.

Las preguntas existenciales profundas no se anulan jamás, porque ningún paliativo que se proponga termina de saciar el alma humana. Es desde allí, desde las cuestiones más centrales que habitan en el corazón humano, desde donde nos planteamos el punto de partida de la evangelización primera. No desde la doctrina, ni desde la Sagrada Escritura como argumento de autoridad. Tampoco apelando a una pretendida autoridad religiosa que muchos no reconocen ya en la Iglesia.

² Cf. *Ibid.*, 411.

Es desde la búsqueda universal de plenitud desde donde compartimos con todas las personas. Esta búsqueda nos ubica en una situación de igualdad con aquellos a quienes pretendemos evangelizar y nos desafía a brindar un testimonio humilde y sincero frente a nuestros semejantes.

Punto de partida: una realidad que demanda

Como sacerdote me encontré muchas veces con situaciones similares a las siguientes:

- Una persona joven o adulta, que quiere celebrar algún sacramento, pero no visualiza la conexión que ese sacramento tiene con la comunidad cristiana, ni ve la necesidad o utilidad de una catequesis que lo prepare. Desea simplemente recibir el sacramento.
- Alguien que se acerca a la parroquia porque será padrino o madrina de un bebé, o porque planea contraer matrimonio cristiano, pero que no tiene casi noción de la fe cristiana.
- Alguien que pide conversar con el cura, pero no necesariamente por un tema de fe, estrictamente hablando, sino simplemente porque necesita ser escuchado y consolado.
- Alguien que siente deseos de aprender a rezar o a leer la Biblia; tanto si se trata de personas medianamente integradas en la comunidad cristiana como aquellas que lo piden como búsqueda espiritual personal.
- Alguien que responde a una invitación recibida en alguna misión o como fruto de alguna convocatoria puntual.

Algunos ensayos de respuesta

¿Qué podríamos proponerles a estas personas? ¿En qué espacio o grupo parroquial sería posible integrarlos? Aquí surgen varias posibles respuestas. Escuchemos:

1. «Que empiece a venir a misa» dirá alguno... Pero ¡no! La misa requiere o reclama una iniciación previa. Y quien no la ha recibido difícilmente logrará participar activamente de la celebración.
2. «Que se integre a un grupo de catequesis» sugerirá otro... ¡Tampoco! La catequesis supone ya una primera adhesión de fe, de una conversión inicial y un deseo explícito de seguir a Jesús. La catequesis consiste en formar y dar profundidad a esa conversión inicial ya verificada.
3. «Que se involucre en alguna tarea pastoral o de promoción social en la parroquia» propondrá un tercero... ¡Menos! El compromiso cristiano es un fruto del encuentro con el Señor. De lo contrario no pasa de ser filantropía.
4. «Que vaya a hablar con el sacerdote». No es mala idea, pero algunos pueden sentirse intimidados. A los que sí vayan, de todas maneras, habrá que ofrecerles igual algún espacio donde integrarse más tarde... La charla con el sacerdote, muchas veces, pospone un poco la respuesta, simplemente.

¿Qué dejaban en evidencia estas situaciones? Que en nuestra parroquia faltaba promover —como impulsa el *Directorio para la catequesis*— espacios y propuestas concretas para el primer anuncio³. En otras palabras, nos vimos en la necesidad de crear un espacio donde las personas que se acercaban con los planteos que ejemplificamos antes y otros equivalentes pudieran encontrar una propuesta acorde. Así comenzó a surgir esta propuesta que llamamos Effatá/60.

Qué es Effatá/60 y cómo surge

Effatá/60 es una modalidad de primer anuncio pensada especialmente para aquellos que no se reconocen como miembros de la Iglesia, o que forman parte de sus actividades, pero su afiliación es solo formal o por mera tradición. Cobró vida en los últimos meses del año 2012 en

³ Cf. DC 297.

una parroquia de Salto y otra de Montevideo, simultáneamente; con el tiempo se fue replicando en parroquias de otras diócesis del Uruguay, e incluso en algunas comunidades de Andalucía, España, por vínculos de amistad que teníamos con evangelizadores de aquellas latitudes.

Effatá es la palabra que pronunció Jesús cuando sanó al sordo-tartamudo (Cf. Mc 7,34). Significa «¡ábretel!», y es eso precisamente lo que se busca en este espacio evangelizador: que el Señor pronuncie su palabra sobre nosotros y nos abra a la verdadera vida en el Espíritu. Se completa el nombre con el número 60 porque se prevé que dure 60 minutos.

El paso a paso de un Effatá/60

Effatá/60 no es un grupo ni un proceso sino una reunión única, unitaria. Se lleva adelante a través de un evangelizador que anima un encuentro para el cual no es necesario ningún requisito previo. Puede participar el que quiera. En ese encuentro, que se abre con un diálogo ameno, se abordan experiencias antropológicas profundas; llamamos así a aquellas vivencias en las que todo ser humano puede descubrirse reflejado, porque forman parte de la vida de los hombres y mujeres de todos los tiempos, culturas, y edades; experiencias profundas que viven ricos y pobres, lo que son más y los que son menos instruidos, religiosos o indiferentes. Entre estas experiencias están los miedos, la culpa, la soledad, el gozo, los distintos anhelos del corazón, el amor, etc.; «sacar a flote» esas vivencias desde la profundidad del corazón es una tarea equivalente al laboreo que tradicionalmente se realizaba en la tierra para poder sembrarla.

Evocar una experiencia antropológica profunda, es mucho más que solo enunciarla o señalarla. Es una tarea laboriosa, una labor de artesanos capaces de entretejer con calidez y sentido común un clima de confianza y apertura. Metodológicamente, estas experiencias profundas son más fácil de verlas en los otros, en primer lugar: opinar con libertad sobre esa realidad como si fuera ajena a nosotros, habilita luego a considerarla como parte de nuestra propia vida. Desde ese punto

de partida —que puede ser muy variado, pero que en cualquier caso es externo a nosotros—, el evangelizador deberá ayudar a los presentes a interiorizar y personalizar la experiencia o, mejor aún, ayudar a descubrir que esa experiencia es también la nuestra.

Esta primera parte es vital en el Effatá/60, y por eso se emplean normalmente tres cuartas partes del tiempo disponible para realizarla. No sirve ponerse ansioso, ni forzar los pasos. En esta primera parte, es preciso aplacar prejuicios, ayudar a abrir el corazón al anuncio. El material utilizado se fue elaborando lentamente. Incluye un amplio arco de propuestas desde el humor hasta la tragedia: viñetas varias (recopiladas de los grandes del humor gráfico), o noticias insólitas, como, por ejemplo: una mujer perdida en Europa siguiendo su GPS, un talentoso violinista ignorado por los usuarios del metro de Washington mientras toca su Stradivarius tasado en tres millones de euros, una mujer que les pone el mismo nombre a sus quince hijos. Todos los materiales son llamativos y sirven para abrir un diálogo, que paulatinamente se va haciendo más profundo.

Después de ese laboreo de la tierra llega el momento de soltar la semilla; tampoco aquí existe una manera única de hacerlo. Hay elementos fundamentales que se combinan de diversa manera: no puede faltar la Palabra de Dios, pero esto no significa que se proclame un texto bíblico sino que a veces será narrado, o incluso aludido a propósito de una historia personal; es necesario también el carácter testimonial, pero no significa que el evangelizador tendrá que brindar un testimonio personal siempre; es vital el cuidado del lenguaje, que necesariamente se ajustará de acuerdo con las circunstancias; y en la cumbre del encuentro, el anuncio kerigmático debe ser y sonar como una buena noticia; y cuanto más breve y concreta, mejor. No se trata solo ni principalmente de transmitir un contenido, o un conjunto de nociones y doctrinas. El evangelio no debe ser reducido a pura moral. Los participantes valoran mucho que en esos encuentros son escuchados y se llevan a casa una buena noticia que los desafía y cuestiona.

Se cierra el encuentro con un espacio propicio para la oración. No se cierra con una oración, sino con un espacio propicio para que

esa oración brote; no es adecuado proponer una oración para quien aún no tiene un vínculo con el Señor. Pero al mismo tiempo, ese momento final es una oportunidad para sondear hasta qué punto la gracia va tocando los corazones y estos van respondiendo.

Simplemente, se invita a unos instantes de silencio para repasar en el corazón lo vivido; se motiva a que cada uno —el que quiera, sepa y pueda— le hable a Dios desde el silencio de su corazón. Y también, si alguien lo desea, puede hacerlo en voz alta. De esta manera, aquellos días cuando nadie habla, no se experimenta ese silencio de manera incómoda, porque se entiende que allí cada uno puede estar hablando con Dios desde su interior. Es significativo ver cómo personas que comienzan tímidamente a participar del Effatá/60 pasan a ser muy perseverantes en la asistencia y lentamente comienzan a dirigirle su oración a Dios. Ese paso de comenzar a orar —especialmente cuando se comienza a orar en voz alta— lo hemos tenido siempre como un valioso signo de conversión inicial.

Después de unos momentos de silencio, el evangelizador cierra el encuentro con una oración personal, y una despedida sencilla donde se agradece la presencia y se informa que, en ese horario, las veces que quieran habrá cada semana una propuesta similar.

Effatá/60 es una tarea muy exigente para los evangelizadores (tanto laicos como sacerdotes) y muy reconfortante a la vez. No se da por supuesto nada (mucho menos la fe), y eso trae consecuencias.

Por ejemplo, a alguien que no cree, no se le puede decir: «Esto es así, la Biblia lo dice», porque quizás para esa persona la Biblia todavía no tiene la autoridad que un creyente le reconoce.

Y lo mismo vale también para la Iglesia, la enseñanza del papa, etc. El evangelizador se constituye en el gran testigo del mensaje que da.

Los que guían el Effatá/60 se sorprenden a menudo por la alegría profunda que despiertan estos encuentros; nos comparten testimonios muy emocionantes, y se confirma que a través de esta herramienta el Señor va haciendo cosas grandes por ellos y por todos. Permanente-

mente vemos la necesidad de revisar nuestra apertura y el modo como preparamos cada encuentro.

Solo por hoy

La convocatoria es simple: se invita a participar de un solo encuentro, que dura 60 minutos. Nada más. Se trata siempre de una reunión independiente de las otras. El lema es «Solo por hoy». Si la semana que viene la persona vuelve, encontrará otra reunión distinta, también única. Pero también podrá encontrar nuevas personas en la rueda o incluso otro evangelizador. Si falta dos meses y vuelve, no pasa nada: ese día también será «solo por hoy». Por lo tanto, nunca oírás decir: «Como dijimos la semana pasada...». Cada día, podemos decir, empieza de cero.

Se utiliza un salón sencillo, sin elementos institucionales, de fácil acceso, donde formamos una rueda de sillas, sin mesa, y con una vela al centro que encendemos sin explicar nada en el momento final del encuentro, cuando se invita a unos instantes de silencio.

La eficacia de Effatá/60 va de la mano de lo simple de sus recursos, lo concreto del mensaje, y sobre todo de la confianza que el evangelizador pone en la gracia de Dios, que es la única capaz de mover el corazón. Effatá/60 es simple en su presentación. Desafía con preguntas simples, a buscar en lo profundo. Invita al silencio, a la oración, sea privada o en voz alta. No tiene como meta tratar de convencer a nadie, ni se propone que todos los que pasen por allí salgan devotos. La única preocupación es hacer lo mejor posible la parte que nos toca a nosotros y pedirle con fe a Dios que haga lo suyo, como solo él sabe y puede hacerlo.

En resumen, en esos 60 minutos, el evangelizador, movido por la gracia de Dios, tiene la misión de acompañar a cada uno de los presentes a lo largo de un camino que se inicia con una conversación trivial (desencadenada por el recurso que sea) y que lentamente va alcanzando lo profundo de la existencia humana. Una vez allí, y solo cuando ha logrado penetrar la superficie de lo anecdótico para tocar la profundidad de lo humano, solo en ese caso, realiza el anuncio kerigmático haciendo

pie en esa experiencia humana profunda que ha evocado. Si ese laboreo no se realiza, la semilla correrá la misma suerte que aquella que cae sobre el camino y es comida por los pájaros (Cf. Mc 4,4.15).

Perfil de un/a effatero/a

«No todos servimos para todo, pero todos servimos para algo», nos recuerdan a cada rato en la Iglesia. ¿Quiénes son buenos en esta labor? En la práctica, los evangelizadores que mejor se han desempeñado en esta tarea han sido personas que han recibido la fe siendo ya adultos, por la frescura de su experiencia de encuentro con el Señor; personas a quienes su oficio o profesión las obliga a estar permanentemente en contacto con gente, porque poseen un lenguaje llano, común, no eclesiástico; cristianos con grandes dotes en el campo de las relaciones públicas, naturalmente simpáticos, ya que es un aspecto que colabora notablemente con el clima de acogida que debe reinar en estos encuentros; y personas laboralmente activas, por la autoridad que les da estar metidas en el mundo del trabajo. En ocasiones puede ser una desventaja que sea o haya sido catequista, a no ser que comprenda muy bien la diferencia con esa tarea. Por último, vicios propios de profesiones vinculadas con la enseñanza pueden terminar siendo un obstáculo, también.

Algunos frutos cosechados

La aplicación de esta metodología ha tenido muchos frutos que se pueden destacar:

- Ha propiciado en los evangelizadores que la asumen una renovada atención a la dimensión testimonial de su fe.
- Ha ayudado a los evangelizadores a tener un mayor cuidado con el lenguaje que se utiliza al momento de anunciar el evangelio.
- Ha generado un reconocimiento de la necesidad de un espacio de primer anuncio, diferente del de la catequesis, y complementario con ella.

- Ha permitido contar con un espacio que hace las veces de «pista de aterrizaje» o «puerta de ingreso» para personas que, de otra forma, no llegarían fácilmente a integrar la comunidad cristiana: invitar, por ejemplo, a participar de la eucaristía al que se encuentra alejado o se considera ajeno a la iglesia supone desconocer la iniciación previa requerida para una vivencia fructuosa de los sacramentos; incluso se presenta como un escalón demasiado alto para estas personas, la integración a un proceso catecumenal, ya que para hacerlo se requiere también una conversión inicial o, al menos, el deseo más o menos explícito de conocer a Jesús, y seguir sus huellas.
- Por último, el esfuerzo por generar un ambiente de acogida, de libertad y contención ha impulsado la conversión pastoral, entendida simultáneamente como movimiento de salida de las propias estructuras y como cultivo de actitudes de escucha y empatía para con aquellos que no forman parte de nuestras asambleas, ni se expresan con nuestras categorías.

Al final, nuestra oración

Concluyo esta presentación compartiendo una oración con la que el evangelizador que guía el Effatá/60 se prepara antes de cada encuentro. Esta oración transforma en súplica las actitudes y disposiciones fundamentales que buscamos promover en los responsables del primer anuncio:

Dios Padre bondadoso,
 que nos manifestaste tu gran misericordia
 a través de las palabras y obras de tu Hijo, Jesucristo,
 y que nos enviaste tu Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
 para que nos conduzca hacia ti,
 recibe mi vida, humilde ofrenda,
 y haz de ella un instrumento dócil en tus manos.
 Señor Jesús,
 que recuerde que hoy no he venido a enseñar, sino a aprender;
 que no he sido enviado a juzgar, sino a anunciar tu misericordia;

que no me has llamado por mis cualidades,
sino por el gran amor que me tienes.
Necesitamos que tus labios pronuncien de nuevo: «¡Effatá!»
para que nuestros oídos se abran a tu Palabra,
y nuestra boca anuncie tus maravillas.
Amén.